

mara como vieron ustedes. Esta es la aventura de la tapada. Ahora pregunto, señor coronel, ¿qué deberé hacer en este caso?

—En verdad que no es muy fácil la respuesta, caballero Welster, contestó don Rodrigo; por todas partes se presentan dificultades. Si usted la tiene en su casa, hay el riesgo de que lo sepa su padre y que, no sólo le acarree á usted mil incomodidades, sino de que lo comprometa á un lance de honor, porque él es un necio atrevido y usted no ha de consentir que la saque de su casa con tropelía. Si usted se la entrega á él llanamente, es lo mismo que entregársela al verdugo. Si se le da parte al juez eclesiástico dirá que no tiene que ver en eso; y si al juez real puede mandar que la entregue usted á su padre ó que se ponga en un depósito á su disposición, y de todos modos queda expuestísima la muchacha entre sus padres, su hermano y el tal don Cosme, pues todos conspiran á su ruina. ¡Válgate Dios por padres crueles, y á qué peligros exponen á sus hijas! ¿No ha consultado usted esto con nuestro amigo Labín?

—Se lo consulté, respondió Jacobo, y es de parecer que la tenga yo en casa unos días, mientras se ve cómo se pone en un convento de orden del juez, sin intervención de su padre; pero no debe de estar muy seguro de su parecer, pues él mismo me envió acá á consultar con usted.

—Pues yo me suscribo á la opinión del señor Labín; pero sólo quisiera que se acelerara ese paso, porque importa mucho que el ingreso de Irene al convento sea muy pronto.

En esto quedaron, y Welster se despidió para buscar á Labín y dar traza de asegurar á Irene.

Á poco rato llegó Pomposita en coche, acompañada de la recamarera á ver á su prima con no sé qué pretexto. El coronel, al verla sola, le dijo:

—¿Qué, no hay otra persona en tu casa de más respeto que te acompañe? ¿Es fuerza que la recamarera sea tu custodio? ¿ó es la que le merece más confianza á tu madre? ¡Qué cosas!

Se conoció que se enfadó un poco don Rodrigo, porque á poco tomó el sombrero y se salió para la calle. Doña Matilde hizo que la dieran de almorzar á su sobrina y se fué á hacer una labor que tenía entre manos, dejando á las dos niñas en la sala.

Llevaron el almuerzo á Pomposita, y mientras estaba almorzando, la criada se sentó junto á ella en un mismo canapé. Pudenciana notó bien esta familiaridad, y la comenzó á ver con atención. Pomposa advirtió que su prima estaba incomodándose con esto, y le dijo á la recamarera:

—Levántate, hija, que para servirme la mesa no es menester que te sientes. — Ora sí, niña, ¿de cuando acá

son esas monerías? ¿qué, es la primera vez que me siento con usted? — No, no es la primera vez que te doy licencia de que te sientes; pero eso no lo has de hacer en las visitas ni delante de la gente, porque dirán que todas somos unas, y has de advertir que yo soy tu ama y tú mi criada, para que me trates con respeto. — ¡Ay, niña! ¡qué soberbia ha amanecido usted ahora! La verdad que ésas son muchas qui jotadas. — Mira, Manuela, que no seas tan grosera ni malcriada, porque... — ¿Por qué, niña? — Porque te haré escupir las muelas á bofetadas. — ¿Á mí? sí; ¡pues cuándo!... era menester que tuviera yo las manos amarradas para dejarme dar de usted.

Iba Pomposa á levantarse con el tenedor en la mano, hecha un veneno contra su altanera criada; pero Pudenciana la contuvo, y levantándose ella se encaró á la moza, y con la seriedad que pudiera proceder una señora de edad, le dijo:

— ¿Qué es esto, insolente, atrevida? ¿que no ves con quién hablas, ni dónde estás? ¡Eh! márchate pronto para fuera, antes que llame yo á mamá y te mande echar á palos de mi casa, llanota, malcriada, indecente.

— Señorita, yo no me meto con su mercé, decía Manuela.

— Ni te metieras; ¿pues cómo yo te había de sufrir esas picardías ni esos retobos, que no se lo avisara á mi papá y salieras de mi casa bien castigada? Sobre

todo, yo no quiero conversaciones contigo. Múdate á la cocina, si quieres esperar á tu ama, ó véte noramala de de una vez, que yo le avisaré á mi tía que te he echado.

— Sí, sí me iré, decía llorando Manuela; pero así que me paguen lo que me deben; que no había de ver la niña sino lo que yo les aguanto, y lo que hago por ella; pero yo lo avisaré á la señora y al señor, y...

— Vamos, Manuela, cállate la boca, decía Pomposita, ¿para qué es eso? Ya sabes que yo y mi mamá te queremos mucho; pero no me gusta que delante de las gentes te propases conmigo.

Con esto se contentó la criada y se salió al corredor á esperar á su ama.

Así que ésta estuvo sola, le dijo Pudenciana:

— Estoy muy admirada, no te conozco; ¿es posible que tú, no sólo hayas aguantado las perradas de esa grosera, sino que la hayas contemplado y dádole tanta satisfacción? ¿Tú, que te vanaglorías de no dejarte de ninguno, y que hasta con mi tía te pones á tú por tú cuando se ofrece, te has abatido tanto á una sirvienta de porra? ¡Vaya! si me lo hubieran contado, hubiera dicho que era mentira.

— Tienes razón de extrañarlo, dijo Pomposa; pero sábetelo que no sólo yo le aguanto, sino también mamá. Yo le sufro sus retobos por cierta cosa, y mi mamá porque le debe seis meses de salario.

— ¡Qué cosas de mi tía! ¡qué olvido! no puede ser otra cosa, porque no le falta dinero. — ¡Ya se ve que no! mi papá le da para todo; pero no le alcanza y se ve muy apurada hasta para completar el gasto de la semana. ¡Como tiene tantos bailecitos!... — Yo soy una mocosa; pero no hiciera ninguna fiestecita por no verme apurada, y sobre todo, porque no hablaran los sirvientes. Pero, niña, por eso sufre mi tía los retobos de Manuela; ¿y tú por qué?

— ¡Ay, niña! porque mira... ¿pero estamos solas? ¿no hay nadie que nos oiga? — No, Pomposita, dí lo que quieras, que estamos seguras de que ninguno escuche lo que hablamos. — Pues oye: entre las visitas de mi casa y entre mis muchos enamorados me llenó el ojo y supo avasallar mi corazón un capitancito de milicias, en términos que hube de corresponder á sus instancias. Ello es verdad que el muchacho es muy buen mozo y muy fino; no me pesa de quererlo; pero tengo miedo, porque más de dos veces he estado para comprometerme. — ¿Será para casarte, no es verdad? — Nada de eso. ¿Yo me había de comprometer á casarme con un triste capitán? ¡No digo, ni con un brigadier! Si fuera con un marqués rico, tal vez... — Muy alto piensas, hermana; pero no queriendo casarte con ese capitán que te pretende, no sé en qué estaría tu comprometimiento, pues una niña de tu estado y de tu clase no puede comprometerse con un

hombre á otra cosa que á ser su mujer. — Pues yo me he visto comprometida á otra cosa sin que haya sido para eso. ¡Ya se ve! tales han sido los riesgos. Mira tú, que una noche me estuve platicando con él en el descanso de la escalera. Otra vez... — Cállate, niña; ¿y es posible que te expongas á esos riesgos? ¿Qué, no te ha visto mi tía? ¿no lo sabe? — No, niña; ni lo permita Dios. ¿Sabes quién me ha valido mucho? Manuela, porque ella ha estado al cuidado para avisarme. — ¡Ah! tú le sufres sus picardías porque no te acuse. — ¡Ya se ve que sí! Por eso le aguanto; si no ¿cómo ella había de alzar los ojos para verme? Pero no te admires de esto. ¿Acaso yo seré la primera niña doncella que tolere á sus criadas, porque ha tenido la debilidad de fiarse de ellas?

— ¡Ya se ve que no serás la primera ni la última que les tenga miedo ni que pierda el crédito por su causa! ¿Qué puede hacer una criada vil que se emplea en estos oficios, sino callar las flaquezas de sus amas, mientras éstas les tapen la boca con dádivas? pero el día que les dejen de dar ó que no estén de humor para sufrirles sus retobos y llanezas, entonces las descubrirán, no sólo á sus madres, sino á cuantos puedan, porque entre la gente sin principios no tiene límites la venganza. ¡Bienhaya mi papá que me aconseja que yo le dé cuenta de cuanto me pasare, sea lo que fuere!

— ¿Hasta de tus enamorados? preguntaba Pomposa.

—Sí, hasta de eso. — ¡Ay, niña! ¡cuándo mi papá ni mi mamá habían de permitirme tal cosa! Dirían que eso era perderles el respeto. — Más se les pierde valiéndote de esa criada, y más te expones, porque si tú hubieras tenido el permiso que yo, es verdad que le hubieras hablado á solas al capitán, pero tampoco te hubieras expuesto como dices.

Fuera de esto, para que las amas, sean las que fueren, tengan boca para sus criadas, es menester que éstas no les sepan nada, que no tengan rabo que pisarles; porque de otra suerte, las mozas tienen á las amas como los cocheros á las mulas, sujetas del fiador y cada día se insolentan más, porque están seguras de que les han de aguantar, por tal de que no descubran sus defectos.

Pepa la Gómez me contó el otro día que una amiga suya le aguanta á una costurera que tiene treinta mil porquerías, retobos y robillos de cuando en cuando. Su marido cada rato le dice que la eche; pero ella no se atreve ni á regañarla, antes es una vergüenza ver el abatimiento con que la sufre. ¿Y por qué? Porque la tal costurera es la depositaria de sus secretos, la criada de su mayor confianza y la que la acompaña á la casa de un señor, y el día que lo sepa el marido tal vez la matará, y hará muy bien, porque no se casó para ser mala. Pero ya ves qué lindo motivo tiene esa señora para

ejercitar la paciencia con su criada. Yo, por mí, te aseguro que he de hacer cuanto pueda por manejarme toda mi vida con honor, por tal de que mis criadas, cuando las tenga, no se suban sobre mí por el mal ejemplo que les dé.

Pomposita se avergonzó con la prudente reprensión de su prima y no teniendo qué decirle, varió de conversación, y á poco rato se despidió de ella y de su tía.

